

# Me niego a olvidar

LAURA CÁRDENAS



Libros y Literatura

Primera edición.

Me niego a olvidar.

© 2023, Laura Cárdenas.

© Libros y literatura SL

[www.librosyliteratura.com](http://www.librosyliteratura.com)

[contacto@librosyliteratura.com](mailto:contacto@librosyliteratura.com)

© Corrección: Víctor J. Sanz

© Diseño de portada e interiores: Marta F. Alarcón.

Impreso en España.

ISBN: 978-84-126786-9-7

Depósito Legal: A 131-2023

*Estas líneas suelen destinarse a advertir a los desaprensivos que ni el contenido ni la cubierta de este libro pueden reproducirse sin permiso del editor, pero de poco sirven porque casi nadie las lee, y si algún despistado lo hiciera, podría incluso darle ideas. Así que si estás leyendo esto es que perteneces a ese grupo de lectores voraces que leen hasta las instrucciones de los abanicos. Por eso nos gustaría recompensar tu interés revelándote aquí el secreto de la existencia o alguna otra de las variopintas incertidumbres que afligen al ser humano. Por desgracia, ya no nos queda espacio.*

A la memoria de Alicia Rodríguez





## PRÓLOGO

Cuando Laura anuncia que va a escribir un nuevo libro, uno no sabe muy bien si debe disponerse a leer o a comprar patucos, porque ella anuncia embarazos y eso habla muy claramente de lo que sus libros son para ella. En esta ocasión se trataba de un embarazo de riesgo, por decirlo de alguna manera; la temática era especialmente compleja y suponía no un salto al vacío, que ya ha tejido ella una buena red con sus novelas anteriores, sino un complejo triple mortal emocional. Lógicamente, no pude sino animarla a seguir por el camino que se dibujaba en esas primeras líneas que tuve la suerte de leer. Y aplaudirla. Porque este libro requería no solo de una idea y del talento, que ya se sabe que es marca de la casa, sino de mucho valor. Si hablásemos de otra actividad, seguro que se podría decir, por parecer moderno, que esa valentía la necesitaba para salir de su zona de confort, pero escribir un libro nunca es especialmente confortable, por muchas satisfacciones que termine dándote. Así que habrá que buscar otra expresión para definir el coraje de Laura, y a falta de una inspiración que la mejore, a mí me gusta pensar

que con este libro la autora mira al dolor a los ojos. Y le mantiene la mirada, fija, sin titubear, durante todas las páginas en que sus palabras acompañan a los protagonistas. En todas sus novelas anteriores hubo personajes que tenían que aprender a quererse y a que eso fuera suficiente para convivir, que no es el más fácil de los procesos que uno afronta en la vida, pero aquí hay un paso previo a ese que las circunstancias obligan a que sea simultáneo, aprender a vivir: *reaprender*, si me lo permiten.

Lo hablé con ella en varias ocasiones, en este libro hay una trama que no es la historia de amor de los protagonistas y que es un verdadero espectáculo, y es ver crecer a Sara, dar pasitos que en otras circunstancias son naturales, pero que en su caso son conquistas, logros heroicos de alguien que debe aprender a querer y a que la quieran, que tal vez sea lo más complicado, después de haber aparcado durante años en su vida todo lo propio, después de vivir para los demás las veinticuatro horas.

Y lo es. Un espectáculo, digo. Y funciona. Se puede estar pegado a unas líneas sin que ocurra ningún suceso espectacular, ningún terremoto emocional, siempre que lo que te cuenten sea de verdad y te lo cuenten bien. Y hay tanta verdad y está tan bien contada la peripecia de Sara que uno siente tantas ganas de entrar en el libro y hablar con ella, aunque, si pudiera hacer tal cosa, probablemente no sabría qué decirle, porque el único camino posible es el que ella misma encuentre. Va a ser complicado no leer *Me niego a olvidar* del tirón. Y todo ello sin perder la frescura, el humor y la fluidez narrativas tan características de la autora.

Laura Cárdenas nos tiene acostumbrados a mostrarnos pequeños retales de vida y a componer con ellos una especie de *patchwork* colorido, visualmente hermoso, pero que hay que

ver en conjunto y desde la distancia para entender completamente. Sus personajes saltan de una novela a otra, sus magníficos secundarios lo son porque son reales y entrañables, sí, pero también porque, de una manera u otra, esa ubicuidad le da a toda su obra un sentido de conjunto que, a mí, francamente, me da mucha envidia. No es fácil ser capaz de mirar tan amplio como lo hace Laura. Pero dentro del conjunto hay cierta evolución, en la parte de la colcha que corresponde a esta novela, los motivos son más complicados porque el tema elegido así lo exige. Siempre ha aprovechado Laura sus historias para compartir con nosotros, sus lectores, sus músicas, sus escenarios, pero esta historia tan compleja y tan rica en matices, esa mirada sobre lo que sucede tras el dolor y la enfermedad, sobre los restos del naufragio, son algo que va mucho más allá de lo literario. Por eso es tan literaria. Hace falta algo más que empatía y talento (y valor) para afrontar este tema y Laura lo tiene y, de alguna manera, se abre en canal para compartirlo con nosotros, cosa que es de agradecer. A su manera, *Me niego a olvidar* es uno de esos globos de helio de los que hablaba la hija de Sylvia Plath en relación con la escritura<sup>1</sup>. Es un globo grande, hermoso, hecho a mano, despacio, decorado con sensibilidad y elegancia, generoso y acogedor.

Siempre digo que me enamoran los secundarios de las novelas de Laura Cárdenas y este caso no es una excepción, pero permítanme que por una vez me quede con Sara, la inolvidable Sara, la protagonista, no porque yo lo haya decidido así sino porque ha sido ella quien ha querido quedarse a vivir en esa parte de mi memoria en la que viven los seres queridos (de ficción sí, pero reales) que siempre me acompañan.

Cuando conocemos a Sara, vive atrapada en ese verso de

Lamartine que dice solo una persona falta y el mundo entero parece despoblado, pero, según avanza la novela, el mundo de Sara se va poblando de nuevo y tenemos la inmensa fortuna de poder contemplarlo.

Y también es una historia de amor, claro, no es que eso no sea importante, es una historia preciosa, emocionante y de la que disfrutarán mucho, pero eso ya lo imaginan. Muchos de ustedes tendrán este libro entre sus manos porque ya saben de la capacidad de Laura para emocionar y divertir con sus historias. Ya saben que las novelas de Laura son, como dijera Juan Ramón, la luz con el tiempo dentro. Yo he querido fijarme en ese otro aspecto porque soy así, no puedo evitarlo. A menudo fantaseamos Laura y yo con la posibilidad de publicar nuestros comentarios sobre sus textos porque la confianza hace que nuestras conversaciones sean imprevisibles y vuelen libres y pensé que ella querría que el prólogo no fuera muy diferente, que me dejase llevar y compartiese con sus lectores algunas de esas impresiones que nacen de su lectura, que a veces son serias, pero otras son juguetonas, que para eso las palabras tienen su personalidad y no siempre se dejan domesticar. De todas maneras, las historias que importan no son las que se escriben, sino las que se leen y seguro que cada uno de los lectores tendrá sus propias impresiones y sus propias emociones que a Laura seguro que le encantaría conocer y, sin duda, se negará a olvidar

---

<sup>1</sup>Pienso que darle voz a una experiencia es como dejarla ir. Siempre pienso... que las palabras lo recuerdan por nosotros para que no tengamos que cargar más con ello y podamos dejar que vuele como un pequeño globo de helio, en lugar de sujetar un montón de globos llenos de nuestros problemas. Podemos dejarlo todo por escrito, soltarlo. Y ahí se quedan. Y si alguna vez queremos recordarlos, ahí están, porque nos hemos asegurado de que ahí estén. Pero están a distancia. Quizás pueda inducir una sensación de libertad, pero también es como que «esto me pasó a mí, era real».

como nos ocurrirá a todos nosotros con sus personajes y con su historia.

Andrés Barrero Rodríguez





## CAPÍTULO I

Con el frío presente en sus mejillas y la tarde cayendo sobre los hombros de la ciudad, entró en uno de esos restaurantes a los que acudir si la ocasión lleva a celebrar algo especial.

Su paso, acompasado, iba marcado por el sonido de sus zapatos de tacón. Se acercó a la barra desprendiéndose del pañuelo que cubría su cuello. Sobre la barra, bocabajo, dejó su teléfono móvil, sobre la banqueta contigua, el bolso y, con el cuidado suficiente de no arrugarla, la gabardina color caramelo que se había quitado mientras pedía un café con leche en taza grande. Ritual que repetía cada tarde a esa misma hora.

No conocía la cocina de aquel lugar. Nunca había probado ni uno solo de sus aperitivos. Tan solo se tomaba café con leche en taza grande, sin azúcar ni sacarina, sola y en la barra. A veces hojeaba un periódico, otras veces interactuaba con su teléfono móvil. Nunca iba acompañada. Siempre educada. Siempre elegante.

La imagen de ese día la hacía parecer más alta de lo habitual. El zapato de salón oscuro contaba con un tacón de vértigo, llevaba una falda lápiz gris marengo y una blusa de gasa blanca.

Su rostro denotaba cansancio y, posiblemente, un incipiente

dolor de pies que sabía disimular tras su maquillaje de diario y su permanente sonrisa.

Se sentó en la misma banqueta de cada día y cruzó elegantemente las piernas.

Cuando el camarero de barra le colocó por delante la humeante taza de café, la acunó entre sus manos en busca de algo de calor. Agradeciendo al chico la acción, se la acercó a la nariz e inspiró su aroma a recién hecho.

—¿Demasiado frío en la calle?

—El normal en esta época.

—¿Te importa si te acompaño?

—¿No tienes trabajo?

Miró en derredor.

—No hay mucha gente por aquí a estas horas. —En realidad no había nadie—. Pero si prefieres estar sola, lo entiendo.

—No, disculpa. No me importa. ¡Por favor! —dijo mientras añadía un movimiento de invitación con la mano derecha.

—Dame un segundo.

El chico se preparó un café con leche. Largo de café, con canela y azúcar moreno. Olía todo el espacio.

—Por cierto, soy Marcos.

Extendió la mano sobre la barra.

Ella imitó su gesto.

—Sara.

Tenía los dedos huesudos y las uñas pintadas de color carmín. No había alianza ni ningún otro tipo de anillo. Su tacto era frío pero suave. En cambio, en su muñeca izquierda, portaba un reloj de corte masculino.

—¿Qué te trae aquí cada día, Sara?

—¿Qué observador!

—No somos el típico lugar de parroquianos fijos. De hecho, eres lo más parecido a uno que tenemos.

—Vengo... —hizo una breve pausa—, vengo por el silencio. Las cafeterías suelen ser ruidosas a estas horas y yo, con el tiempo, he aprendido a valorar los espacios tranquilos.

—Curioso...

—Alguien importante siempre me recomendaba: «Si quieres tomar un buen café, vete a la barra de cualquier restaurante caro. Allí la gente no grita. Hablan bajito y el café suele ser muy bueno».

—¡Qué interesante propuesta! Nunca se me habría ocurrido.

—Con el tiempo, no solo he descubierto que es cierto, sino que además el café está mejor que en cualquier lugar de moda.

—Entonces..., creo que me debo retirar a la cocina. No quiero romper tu ritual de mutismo.

—No te preocupes. En realidad, lo que no soporto es el bullicio. Creo que cada vez soy más antisocial. Veinte minutos de paz se agradecen.

El sonido del teléfono, el cual seguía bocabajo sobre la barra, provocó que desviara su atención.

—Discúlpame un segundo.

Marcos asintió dando un paso atrás. No quería escucharla, pero lo hizo.

—Hola... Sí, me estoy tomando un café. He tenido un día horrible. ¿Qué tal todo hoy?... Vale, no te preocupes. Acabo y voy para allá... No te preocupes. Un beso. Hasta ahora.

—Lo siento, me tengo que marchar —dijo dándole un trago largo al café—. Seguimos la charla en otro momento, si te parece.

—¿Te lo pongo para llevar?

Limpiándose la boca con delicadeza en una servilleta, abrió el bolso con la intención de sacar la cartera.

—No, gracias.

—No te preocupes. Invita la casa.

—No creo que a tu jefe le guste que vayas invitando a cualquiera que te dé algo de conversación.

—Es un café.

—De verdad, no. Gracias.

Dejó sobre la brillante madera tres monedas de euro.

Se colocó el pañuelo en torno al cuello, cogió la gabardina, el bolso y se despidió con inapetencia.

—Hasta mañana.

En un *uber* negro llegó hasta la puerta de la residencia, se apeó del vehículo envuelta en un halo de tristeza.

Se aferró al cuello del abrigo. Caminaba con firmeza y haciendo resonar cada pisada con fuerza al estrellarse sobre el mármol blanco santuario. Al darse cuenta, aminoró el paso intentando controlar el sonido.

Tras la puerta de la habitación vio a Darío sentado al lado de la cama. Siempre luciendo esa imagen de alguien que soporta más de una vida sobre los hombros. Algo encorvado, lánguido y apesadumbrado. Pero alto, delgado y muy atractivo.

Se acercó a él.

—¿Cómo sigue?

—¡Hola! —Se levantó del sillón blanco de imitación de piel para darle un delicado beso en los labios—. Sigue igual. Se está apagando poco a poco.

Sara miraba hacia cada rincón de la habitación como si fuera la primera vez que los viera. El monocromo del abandono de la vida. El final del camino. Fundido en negro rodeada de blanco puro.

En el silencio de ese espacio todo parecía tener una resonancia mayor.

Sara posó la mano sobre la de aquel hombre de mirada perdida en su cielo imaginario.

—¡Señorita!

—Dígame.

—Toda esa gente. —Miró con enfado hacia la puerta—. ¿Qué hace aquí?

—Son mis asistentes, pero ya se van. No se preocupe. —Sara giró la cabeza para clavar la mirada en la nívea puerta de la habitación donde no se encontraba nadie—. Os podéis marchar. Gracias.

—Gracias, señorita. Estaban hablando muy alto y me duele mucho la cabeza.

Miraba a Darío de soslayo. Él le regaló una mueca de comprensión y empatía.

—Pues entonces, señor López, tendrá que descansar un rato. ¿Quiere que le baje la persiana?

El hombre abrió los ojos y sonrió a boca llena.

—¡Sarita, hija! ¿Cuándo has venido?

—Hola, papá. Acabo de llegar, como tú. —Le sonrió con todo el amor del mundo, acariciándole la mejilla y dándole un beso en la frente—. La pesada de tu enfermera acaba de decirme que te duele la cabeza y que no le has contestado si quieres que te baje la persiana.

Los momentos de lucidez de su padre cada vez eran menos frecuentes. Lleva ocho años luchando contra esa enfermedad tan injusta con él, con su memoria y con la vida de su ser más querido, porque con la ausencia de recuerdos son los olvidados los primeros que desaparecen.

Tras fallecer su madre nada más ella nacer, los familiares más cercanos fueron alejándose de sus vidas. Quedaron solamente ellos dos.

Sara no tenía recuerdos de ella y, aunque su ausencia siempre ha estado presente en boca de su padre, ella, egoísta, nunca se sintió ni huérfana ni con falta de cariño.

A Darío lo conoció gracias a la Ley de Dependencia y fue, entre dolor familiar, conversaciones, llamadas de urgencia y ayuda mutua como acabaron siendo pareja.

No se conocían en otra situación que no fuera esa. No habían compartido vacaciones, viajes o algún día festivo para dos. Habían convivido algunas noches de fin de semana los primeros años cuando su padre aún no estaba internado, alguna que otra cena si Darío conseguía que algún compañero le hiciera la cobertura, y sus temas de conversación no solían salirse de un estricto orden del día.

No formaban una pareja al uso.

Usaron el dolor para formarse como pareja.

—Oye, Darío, ¿puedes conseguir a alguien para que se quede con mi padre el fin de semana?

—Vengo yo, ¿no?

—No si encuentras a alguien.

—¿Para qué?

Sara sacudió los hombros con exasperación.

—¡Qué entusiasmo! Pues, para irnos a algún sitio a pasar el fin de semana como hace la gente normal.

—¿Y si pasa algo?

—¿Y si no pasa?

—Puedo intentarlo... Estamos hablando de mañana.

—Si pasa algo, nos volvemos. Sabes que no va a pasar nada. Si supiera que va a pasar algo no te diría precisamente hoy de ir a algún sitio.

Se acercó a ella.

El cansancio de su rostro no lograba enmascarar su tristeza.

—¡Ey! ¿Qué te pasa?

—Estoy cansada.

—¿Nada más?

—No. Pero tampoco sé explicar el resto. Desconectar nos vendrá bien.

—Voy a hacer algunas llamadas. Ahora vuelvo.

Darío salió con sigilo de la habitación y ella se sentó al lado de su padre, quien dormía profundamente, le cogió la mano y él, aún dormido, se la apretó.

Lo recordó años atrás, cuando la enfermedad no formaba más que pequeños pasajes de olvido repentino por cosas insignificantes. Estaban sentados en el porche de su casa de campo, esa que vendieron para poder hacer frente al pago de la residencia donde ahora vive. Se deshizo del lugar en el que pasó sus días más felices para invertir en el de sus días más difíciles.

Juntos comían los nísperos que las aves habían ido picoteando en el árbol.

Cogía una pieza de la fruta cuyos tonos anaranjados se veían alterados por puntos marrones más oscuros. Con una pequeña navaja lo limpiaba y se lo daba a su hija.

—Verás cómo es el más dulce de los que has comido, Sarita. Tenemos que aprender de los animales. Ellos no se conforman con lo primero que ven, siempre van a buscar lo mejor. Nosotros deberíamos ser igual que ellos, pequeña. Buscar siempre lo mejor y no conformarnos con lo primero que venga.

Era fuerte. Excesivamente fuerte. No recordaba la última vez que había llorado ni por qué, por mucho que sus entrañas fueran como un río de caudales generosos en constante movimiento.

Aferrada a la mano de quien había sido su mejor maestro de vida, con el dolor latiendo en su sien junto a esa maldita sensación de abandono que la acompaña desde el día en que firmó los papeles de ingreso.

Se colocó los auriculares y en el teléfono encendió una lista de reproducción aleatoria. Casi al instante comenzó a sonar *La*

*llorona* en una versión moderna. Cerró los ojos y por unos segundos, se abandonó. A la letra, al lugar, al dolor..., a ella.

No había terminado la canción cuando el tacto frío de una mano amiga erizó el vello de su brazo derecho. Abrió los ojos con tanta parsimonia que parecía que de las pestañas le colgaran piedras. A su lado, agachado, estaba Darío.

Se quitó los auriculares y le sonrió.

—¿Estabas dormida?

Negó con la cabeza.

—He conseguido que venga un tal Rodrigo. No lo conozco, pero me dicen que es bueno.

—Genial.

—¿Cómo lo hacemos?

—Recógeme en casa a las seis. Intentaré escaparme pronto del trabajo.

—Vale.

—El Rodrigo este llegará a las siete de la mañana. No he podido encontrar a nadie que venga antes.

—Vale. Pues recógeme a las siete de la tarde porque no me va a dar tiempo ni a darme una ducha por la mañana..., cambiarme de ropa, asearme y poco más. No me voy a ir echa un desastre y me tiene que dar tiempo a preparar la bolsa.

—¿Nos vamos muy lejos?

—No. Vamos a la sierra. A respirar.

—A respirar.

—Sí, a respirar.

—Bien. Intenta descansar, ¿vale?

Darío le regaló un fraternal beso de despedida en la frente. Ese era casi siempre su ritual a la hora de marcharse. Tan gélido como cercano. Tan raro como lo son ellos.

Volvió a colocarse los auriculares cuando estaba terminando

*Sargento de hierro* y con una actividad cerebral que parecía tener ganas de fiesta, intentó de nuevo desconectar.

...

En el coche la conversación seguía su habitual línea.

Sara apenas había dormido un par de horas. Hubiera preferido hacerlo durante el trayecto, pero el irse de viaje fue idea suya y dormirse no entraba en los planes.

—¿Qué tal ha pasado la noche tu padre?

—Inquieto, pero bien. Sin novedad.

—¿Y el chico?

—Jovencito, pero se ve buena persona. Creo que lo hemos dejado en buenas manos.

—Eso te lo garantizo.

Había alquilado una cabaña de piedra con su pequeña parcela de árboles frutales alrededor que nada tenía que ver con la de sus recuerdos de infancia.

El interior, acogedor, con chimenea y salón lleno de muebles de madera rústica por los que habían pasado mejores otoños. La habitación, amplia con el baño descubierto a un enorme ventanal con vistas al monte.

El tránsito humano por allí era inexistente.

Calma en estado puro.

El pueblo más cercano estaba a veinte minutos en coche, pero si necesitaban comer o hacer algo de compra, contaban con una venta a un kilómetro escaso.

La intención era pasar en la casa el tiempo justo y necesario.

Esa noche hicieron el amor de forma mecánica tras una cena sencilla sin velas. El chisporroteante fuego de la chimenea no les regaló ningún tipo de romanticismo. Darío se levantó a apagarla por precaución antes de irse a dormir. Sara se lo recriminó.

Quería pasar un rato con él sin pensar en nada. Tan solo quería escuchar el crujir de la madera de fondo mientras se contaban cosas banales, pero con él no había conversación más allá de la habitual, por lo que no le hubiera importado haberse quedado un rato abrazados aunque fuera en el más absoluto de los silencios.

Echaba de menos ese impulso energético de dejarse llevar y hacer las cosas por el mero placer de hacerlas. Jugar a orillas del fuego mientras nace otro tipo de hoguera y fundir las manos entre sudor y sexo sin sentido. Por el contrario, todo fue delicado, sencillo y lleno de carencias. Sin palabras y sin más placer que el que otorga la propia piel.

Sara se despertó cuando aún no habían salido los primeros rayos de sol. Cada uno en su lado de la cama dándose la espalda como en esas relaciones por las que ya ni los años hacen de pegamento.

Al levantarse sintió sobre los hombros el mismo exceso de vida que vio sobre los de Darío dos días antes en la residencia.

Leyó las noticias en el móvil tras comprobar que no había ningún mensaje o llamada urgente.

Cuando amaneció para Darío, no la encontró por la casa. Se puso una sudadera y salió al porche.

Estaba sentada en una bancada de madera, con las piernas cruzadas sobre el asiento, envuelta en una manta de lana a cuadros, acunando una humeante taza de café y con la mirada perdida en el infinito.

—Buenos días. Me he asustado al no verte.

—Buenos días. No me podía ir muy lejos. Hay café hecho en la cocina.

—¿Qué haces aquí fuera con el frío que hace?

—No quería despertarte.

Darío arrastró una silla hasta su lado.

—Dímelo, Sara.

—¿El qué?

—Lo que pasa. Dímelo.

—¿Por qué no me lo dices tú? —su voz era pausada, calmada y segura.

—Se acaba, ¿no?

No le contestó.

Le dio un sorbo al café mientras bajaba los pies del asiento hasta el piso. Llevaba unos calcetines de lana gorda que solía ponerse en su casa para caminar descalza en las noches de invierno. Con el cuidado suficiente para no derramar el líquido, dejó la taza en una pequeña mesa que se encontraba a su lado.

—Lo siento, Darío.

—¿Por qué?

—¿Por qué se acaba o por qué lo siento?

—Ambas.

—Creo que nos merecemos algo mejor. Algo que vaya más allá de esta cosa rara que tenemos y lo siento porque eres muy bueno. Eres un buen tío.

—¿Qué he hecho mal, entonces?

—¿Tú me quieres? ¿Me quieres de amor mayúsculo?

Fue él quien no contestó.

—Mira, Darío, mantener esto sería egoísta, al menos, por mi parte.

—¿Egoísta?

—Sabes mejor que yo que a mi padre no le queda mucho. Cuando todo pase, me será muy difícil dejarte ir y no me quiero conformar con esto, ¿sabes? Quiero los fuegos artificiales que tú y yo juntos nunca vamos a ver.

Él hundió las manos en su pelo y clavó los codos en los muslos; no podía mirarla.

—Dime algo, por favor.

La miró a los ojos.

—Que tienes razón, ¿qué más quieres que te diga?

—Lo que piensas tú ahora.

—¿Quieres que deje de ser el cuidador de tu padre?

—No, ¿por qué? Tampoco quiero que dejemos de ser amigos.

—¿Qué tipo de amigos, Sara?

—Pues de los que se ven, se aprecian y quedan de vez en cuando...

—O sea, como ahora.

—Como ahora, pero sin etiquetas.

—Sin etiquetas.

—Mientras ninguno lo pase mal, claro.

—¿Tenías planeado esto?

—¿Tan retorcida me ves? No, Darío. No tenía nada planeado más allá de este fin de semana en el que solo hemos hablado de mi padre, de su enfermedad y de la residencia. Ese es nuestro tema de conversación. No sé si ves alguna serie en Netflix, si estás leyendo algún libro o si te gusta alguien de verdad, porque las cosas reales no entran dentro de nuestra conversación habitual... y ya son años. ¿De verdad me quieres a tu lado para el resto de tu vida?

—Digamos que me he acostumbrado a ti. A tenerte cerca.

—No tienes que perderme.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora?

- ¿Qué te apetece hacer?
- Me gustaría volver a casa. No le veo sentido a estar aquí todo el fin de semana, la verdad.
- Darío...
- Tranquila. Solo necesito ordenar mi cabeza.
- No quiero hacerte daño.
- Lo sé.





## CAPÍTULO 2

Tenía la sensación de no haber salido del coche desde la tarde anterior. Fue la víctima en su propia guerra. Su actitud derrotista se veía ejemplarizada en el silencio del regreso, con el codo apoyado en la ventanilla, los dedos en la boca como si fuera a morder alguna uña y el corazón un poquito más pequeño. Tenía el estómago revuelto y eso que no había probado bocado.

Darío se había convertido en su tiempo perdido y, sin querer creerlo, en la última persona que le quedaba para, ya sí que sí, estar completamente sola.

Le pidió que la llevara a la residencia. Quería estar un rato con su padre.

Allí los problemas, con más peso que sentido y que recorrían sus hechuras como hormigas a la miel, se convertían en algo carente de todo criterio, porque a lo que más le importa el tiempo decidió robarle su bien máspreciado, la memoria.

Saludó a Rodrigo, el chico que Darío había encontrado para ser cuidador ese fin de semana y, sin darle alguna explicación, le pidió que se fuera a tomar un café porque era ella quien iba a estar allí la próxima hora. También le dijo que no se preocupara, pues cobraría de igual forma esa hora de ausencia.

Durante ese tiempo de acompañada soledad, sosteniéndole su mano y con la mirada clavada en un mismo punto de la pared, su padre no se movió ni un ápice de su letargo. En esos instantes de doliente inactividad fue consciente de que no conocía ni a una sola de las personas que allí convivían en su misma situación. Tan solo a las amables enfermeras.

¿En qué momento se había convertido en una anacoreta que abandona su vida para vivir de igual forma la de un padre con progresiva degeneración impresa en su ADN?

La tristeza pesaba más que la culpa por dejar marchar a Darío. Sentía que, a pesar de su tremenda honestidad, lo había perdido de verdad.

Cuando Rodrigo volvió y sin conocerla de nada, acertadamente, le dijo:

—No estés triste. Está bien.

Sara abrió los ojos y lo vio tan impávidamente joven y corpulento, apoyado en el quicio de la puerta que estudió sus facciones pensando que no debía haber pasado mucho desde que finalizó la carrera.

Le regaló una sonrisa tímida.

—Sé que está bien cuidado. Gracias.

Se levantó del sillón de polipiel haciendo más ruido del esperado, besó la frente de su padre con tanta ternura como amor y, con su mochila de fallido fin de semana al hombro, se marchó a casa.

Vivía de alquiler en un piso de una sola habitación por el que pagaba más de lo que realmente valía, pero la cercanía a la residencia fue clave a la hora de la mudanza.

Trasladaron a su padre a Madrid cuando ella tenía tan solo siete años, pero mantuvieron la casa de su infancia en el sur. Lugar en el que pasaban los veranos y algún que otro fin de semana largo.

Venderla fue la decisión más dolorosa que hasta la fecha había tomado.

Dejó caer la mochila a la entrada de su habitación, se descalzó y, una vez en el salón, dejó caer todo su cuerpo sobre el sofá. Boca abajo, cansada y con el pelo ocultándole la cara.

No sabía qué sensación otorgaba tener un balón intragástrico, pero no se debía diferenciar mucho de la presión que sentía en la boca del estómago. Saciada estando tan vacía, en el amplio sentido de la palabra.

¿Cómo podía pesar tanto el vacío?

Se había desprendido de Darío: su exceso de equipaje en las últimas horas. Una relación que analizada con perspectiva ajena daría la mayor de las perezas, pero que, en ese momento, lograba arañar sus dudas.

Dudas por si se había equivocado, por si le estaba haciendo daño a alguien que en realidad era importante en su vida, por si la situación la estaba sobrepasando y por ello, estaba dejando de lado a ese corazón al que hacía tanto había dejado de escuchar.

Guardó la ropa que no había usado reduciendo así a cero los resquicios de intento de salida. Se recogió el pelo y se puso el pijama. Eran las doce del mediodía del que ahora, sin duda, se había convertido en un sábado cualquiera, con la salvedad de que ella los sábados los pasaba con su padre. Con un libro entre sus manos se tumbó en el sofá para viajar entre sus letras y ver si así conseguía salir del bucle de incertidumbre en el que había entrado a primera hora de la mañana. A principios del fin de semana. Cuando terminó lo que tal vez nunca debía haber empezado.

La primera vez que se acostó con Darío fue un verano al caer la tarde. Su padre había sufrido un brote de ira por desorientación dentro de su propia casa, algo que Sara nunca había vivido.

Llamó al teléfono de asistencia veinticuatro horas siendo Darío ya el encargado de su ayuda sociosanitaria.

Ella nunca supo que fue él quien expresamente pidió que le asignaran su caso.

Sintió una tremenda atracción desde el primer día que la vio, aunque no supo demostrárselo. Atracción que no sintió solo por ella, lo hizo también por su debilidad, por su amor incondicional y por la tristeza escondida tras una de las más bellas sonrisas que jamás había visto.

Tras ese aviso de urgencia y con todo ya estabilizado, Sara se deshizo. Cayó derrotada en sus brazos por culpa de un laberinto de emociones del que no era capaz de salir ilesa y, por eso, se terminó de perder en sus labios. Lo hizo con miedo y con ganas, porque la necesidad de sentir la piel de otro, a veces, sana.

Sara nunca le mintió. Siempre le expresó con total honestidad que sus sentimientos tal vez nunca le dieran una clara respuesta, pero se acostumbró a él y él supo acostumbrarse a su frialdad controlada, a su ausencia y a su extraña forma de querer.

Porque su amor se había hecho pequeño y entrar en él era un difícil reto.

Salía de la cocina cuando escuchó unos nudillos llamando a su puerta. Se pensó unos segundos si abrir. No esperaba a nadie y dudaba mucho que fuera Darío. Se equivocaba.

—Hola. No sabía si dormías.

—Hola.

—Tampoco sabía si estarías, pero he pasado por la residencia y Rodri me ha dicho que te habías ido.

—Entra, por favor. ¿Has comido? Me ha sobrado algo de arroz con pollo. —Le mintió, pues ella no había probado bocado.

—Gracias. He comido. ¿Podemos hablar?

—Claro, pero entra, por favor. ¿Quieres un café?

—No quiero nada, gracias.

Sara lo miró con desidia mientras se apretaba las sienes entre índice y pulgar.

—¡Genial! Venga, escúpelos entonces.

—No seas borde, Sara.

—No es cuestión de ser borde, Darío. No eres de los que vienen sin avisar a no ser que tengan algo que hacer o decir, y corrígeme si me equivoco, pero dudo que vengas con intención de hacer algo más que hablar.

Entraron en la cocina y, sentados alrededor de una mesa de cristal, le soltó:

—Creo que no debo seguir siendo el cuidador de tu padre.

Incrédula, lo miró a los ojos.

—¡No lo estás diciendo en serio!

—Totalmente en serio.

—¿Por qué?

—Porque cuando tu padre muera yo no tendré que despedirme solo de él.

—¿Qué dices? Somos amigos.

—No, Sara. No somos amigos. Yo sí te quiero y sí que te quiero para toda una vida conmigo. Esta mañana no te he contestado porque ya sé que tú a mí no y no tengo ganas de luchar contra un imposible.

—Darío...

—¿Tengo alguna posibilidad? Sé sincera, por favor.

Ella agachó la mirada intentando buscar las palabras perfectas que nunca llegaron. En un susurro le contestó:

—No lo sé.

—¿De verdad?

—No quiero hacerte daño, pero tampoco quiero perderte.

—Si me quedo pierdo yo.

—Mi equipaje pesa, ¡lo sabes! No quiero utilizarte y tengo la sensación de que llevo años aferrándome a ti como a un salvavidas.

—Yo, en cambio, no sé si podremos ser amigos, Sara. Al menos, ahora no.

—No te desprendas de mi padre, Darío. Podemos no coincidir si quieres..., pero a él le haces bien. Sabes que cambiar ahora puede no ser bueno. Por favor —le suplicó.

—Lo pensaré, ¿vale?

—No quiero que lo pases mal por mi culpa.

—¿Es evitable?

—¿Te puedo dar un abrazo?

—Preferiría que no lo hicieras.

—Darío...

—Me voy, Sara.

—No te vayas. Dime todo lo que quieras y lo encajo, pero no te vayas.

Se levantó de la silla arrastrándola con las piernas haciendo bastante ruido.

—Lo siento.

Cuando Sara escuchó el lejano ruido de la puerta, se dijo mientras hundía las manos entre la maraña de su pelo:

—¡Maravilloso!

Suspiró con fuerza, se levantó y, con cuidado, acercó la silla hasta la mesa. Hizo exactamente lo mismo de forma protocolaria con la que había ocupado Darío.

Lo sentía flotando de forma pesada en el ambiente, como cuando el calor de la calefacción te da una bofetada al entrar en un centro comercial. Se ahogaba y, aunque era plenamente consciente de que había tomado la mejor de las decisiones, en la soledad total de su cocina y teniendo el hastío como uniforme, lo echó de menos. Le mandó un mensaje.

Mensaje para Darío:

*Ódiame, pero no me dejes perderte.*

Él no le contestó.

Se tumbó en el sofá dándole más vueltas de las que debía a su extraña vida.

Acababa de cumplir treinta y dos años y la única felicitación que recibió fue vía *e-mail* de una aplicación de móvil que la avisaba de sus ciclos menstruales.

¿Cómo podía amarla alguien que no sabe ni cuándo es su cumpleaños?

Darío no la conocía. Conocía una parte de su vida que distaba mucho de la realidad. Ella era una chica optimista, feliz y muy activa que un día decidió dejarlo todo y a todos para dedicarse a quien más le importaba.

Volvería a ser quien fue cuando todo pasase y la tristeza de la ausencia viajara con ella en forma de cicatriz permanente.

Se levantó del sofá como un resorte. Sintió que estaba perdiendo el tiempo, se vistió, dejó a un lado su caos y volvió con su padre.

Pagó a Rodrigo y le pidió que regresara en la noche.

Agarró su mano, se la acercó a la mejilla y muy bajito comenzó a hablarle:

—No quiero perderte, papá, pero tampoco quiero que sigas sufriendo. Estoy muerta de miedo porque no sé si seré capaz de seguir adelante sola, de que me pase lo mismo que a ti y llegue el día que no recuerde ni quién soy. No sé si esto que estamos viviendo se asemeja a una forma normal de vida... Hoy le he dicho adiós a Darío. A lo mejor que nos ha pasado en estos últimos años. Y, siendo sincera, puede que yo sea lo peor que les

haya pasado a los suyos. No sé querer más allá de ti y de mí, papá. Tampoco sé si quiero querer a alguien más que a nosotros ahora mismo porque esto no es fácil de entender y acompañarnos en este viaje no es algo que todo el mundo pueda. Hace tiempo que vamos deambulando como lastre para los demás y solo nos comprende quien está en nuestra misma situación. Quiero que sepas que yo no me voy a ir de tu lado nunca, pero que tú te puedes ir del mío cuando quieras. Yo sabré seguir por ti y por mí. Aunque me cueste, aunque duela y aunque haya momentos que me pierda. Sé que puedo, porque a ser fuerte me enseñó el mejor. Te quiero mucho, papá.

—Y yo a ti, Sarita.

—¡Hola, papá! ¿Necesitas algo?

—¿Me das un poco de agua? ¿Por qué estás triste, hija?

Sara se levantó para servirle un vaso de agua.

—Tonterías mías. No te preocupes. Ya sabes que le doy demasiada importancia a todo.

—Solo tú eres responsable de la importancia que le das a cada cosa, hija.

Lo besó en la frente.

—Lo sé, papá. Lo sé.

—Estoy cansado, pequeña. Voy a descansar un rato los ojos.

—Si necesitas algo, estoy aquí, ¿vale?

Lo que Sara no supo en ese momento es que esa iba a ser la última vez que su padre la reconociera.

...

El fin de semana lo pasó con su rutina favorita, con cambios de noches por días, con sus idas y venidas, durmiendo después de mucho en la que decía ser su cama y cuya inhabitabilidad permanente se sentía hasta en las sábanas.

De Darío seguía sin saber nada. Le quería dar tanto tiempo como espacio si así lo necesitaba. En ocasiones tenía la necesidad egoísta de llamarlo e incluso en más de una ocasión estuvo a punto de hacerlo y contarle su pesar. Buscar la comprensión en su único aliado por años. Él, perdedor de una partida de cartas que jugar sin comodines. Ella, la reina prisionera en un castillo sin cerradura ni historia. Juntos, como el donepezilo y la memantina, que cuando la relativa normalidad habitaba en sus vidas eran indispensables y cuando el peso de la realidad llega, no sirven para nada.

El día que a su padre le retiraron la medicación, la fecha de caducidad apareció.

—De seis a siete meses le dijeron y ya lleva dos de regalo.

Esta frase de Darío fue la que más daño le pudo hacer.

—¿Cuál es el regalo, Darío? ¿Perder en los próximos días, meses con suerte, lo único que me queda? —preguntó ella haciendo un daño paralelo, pero menor al recibido. La presencia silenciosa del rencor.

La rutina favorita también volvió a su habitual forma de entre semana: su aburrido trabajo en el área financiera de una empresa con sede en un ático céntrico. Los trajes de chaqueta, las faldas y los zapatos de tacón. Las sonrisas ensayadas y su vida mecánica.

También volvió a sus cafés con leche, en taza grande, sin azúcar ni sacarina y en la barra. En los últimos días, la soledad se había visto alterada por la presencia de Marcos, sus conversaciones triviales y la psicología de barra de bar.

Se mostraba pragmática y como un enigma difícil de descifrar.

Cuando él intentaba llegar a un punto más personal, ella sabía esquivar la conversación con maestría.

Las tardes en las que Marcos no estaba tras la barra añoraba la charla mundana. Se había convertido en su evasión social, en sus minutos de paréntesis y puntos suspensivos.

Aquella tarde de jueves sí que estaba.

—¿Algún día me dejarás que te invite a algo? —le preguntó ante su nueva negativa a aceptar que la invitara al café.

Sara negó con la cabeza.

—Lo hago por el bien del negocio. No quiero que tu jefe se enfade contigo.

Sonrió dubitativo.

—Al principio creía que bromeabas.

—¿En qué?

—En lo de mi jefe. Pensaba que era un comentario jocoso.

—No te entiendo.

—Todo el que suele entrar aquí sabe quién soy.

—Menos yo.

—Menos tú.

—Y, ¿quién eres, Marcos? Si es que te llamas así.

—Sí, me llamo así. Dame un segundo.

Se alejó de la barra a un lateral.

En una mesita de diseño descansaba una caja cromada con tarjetas de visita, cogió una de ellas. Volvió y se la entregó desde su lado de la madera.

—Es la primera vez que me da vergüenza hacer esto.

Sara la cogió con delicadeza y la escrutó. De color negro mate, con letras en blanco roto se podía leer: Marcos Andrés Sainz. Restaurador.

Debajo del nombre estaba el logo y nombre del restaurante: MAD MDRD. Dirección, código postal, email y teléfono.

—¿Te llamas Marcos Andrés?

—Es apellido.

—¿Y restauras cuadros o muebles?

—Ninguno de los dos, precisamente.

—Ahora sí bromeaba.

—Lo sé, pero por si acaso.

—O sea, eres el dueño de todo esto.

—Todo esto es una hipoteca muy cara. En realidad, soy el chef, pero sí, tengo un restaurante.

—¿Y camarero de barra?

—Hay que hacer de todo.

—Permíteme que lo dude.

—Decir lo contrario sonaría engreído, ¿no crees?

—No más que decir que eres dueño de un restaurante.

—No era mi intención, pero tampoco te quiero mentir. Normalmente, no estoy detrás de la barra. No me importa ponerme si hago falta, pero la primera vez que coincidimos y hablamos me pareciste demasiado interesante como para no volverte a ver.

Sara enmudeció. Su rostro serio iba acompañado de la incapacidad de hacer notar algo más que su voluntad empírica.

—No sé qué decirte, la verdad.

—No me tienes que decir nada, Sara. La gente que suele venir aquí y que habla conmigo, lo hace con el diccionario de halagos en la mano. Se agradece que venga alguien y que, para variar, te pida un café mirándote a los ojos y hablando con naturalidad.

—Prometo no cambiar mi actitud, entonces.

—Gracias.

—Por nada. Ahora, si me disculpas, me tengo que marchar.

—La chica de la constante prisa.

—La de las prioridades, mejor.

—¿Qué prioridades?

—Las mías.

Marcos sonrió.

—No me des tanta información, por favor.

Le devolvió la sonrisa mientras se refugiaba en su abrigo.

—Hasta mañana, Marcos.

—Hasta mañana, Sara.